

Sobre la Historia de nuestras Letras

Dr. Hugo Lindo

Ya se puede hacer un recuento útil de trabajos relativos al desenvolvimiento histórico de la literatura en El Salvador. El material que existía hacia 1940 era muy exiguo, y no abarcaba sino una época ya un tanto lejana. Había que complementar los pocos datos recibidos de don Ramón Mayorga Rivas, de don Ramón Uriarte y algunos otros hombres de pluma. Era menester poner al día siquiera la nómina de afortunados cultivadores de las letras, indagar sus fechas y lugares de nacimiento, el tipo de sus estudios, la gama de sus influencias, las características de sus producciones... Y algo de eso se ha realizado ya, como se anota en el comienzo.

Lo que se pretende, a la larga, es la formulación orgánica de nuestra historia literaria. Pero los pocos que nos hemos dedicado a estas investigaciones, tropezamos a cada instante con escollos muy difíciles de salvar.

¿Valdrá la pena de hacer el esfuerzo? La importancia del propósito obliga a la respuesta afirmativa, sin vacilaciones, porque es una importancia de muchas facetas.

Hay estrechísima relación entre las formas de vida social de un pueblo en un momento de su historia, y la expresión literaria de ese mismo instante. Primero, por cuanto ya la expresión literaria, en sí misma, constituye una de las múltiples formas de vida social, y luego, porque mantiene con las otras —la moral, la política, la económica, etc.— un juego de complejas interacciones, a veces demasiado sutiles o profundas para poder aislarlas en un proceso de análisis. La historia de nuestras letras vendría a ser un tipo de historia nacional, más íntima y espiritual que la otra, la que hace referencias a los acontecimientos externos. Esta que propugnamos vendría a ser una historia no sólo del pensamiento de nuestros hombres, situados en muy diversas condiciones personales, y, por tanto, legítimos representantes de los núcleos humanos de que han formado o forman parte, mas también una visión de sus modalidades más secretas: sensibilidad, gustos estéticos, creencias religiosas o anti-religiosas... De cuanto ha venido integrando el meollo espiritual de la Patria.

Achácase a Sócrates —aunque hay quienes dicen que tiene un origen anterior— la frase que invita al hombre a conocerse a sí mismo, como pun-

to de partida hacia una eficaz superación individual. No vemos por qué tan sabio consejo no pueda transportarse al plano de lo colectivo o social. Es evidente que los pueblos afirman su personalidad, sus condiciones superiores, mediante el autoconocimiento, que es la meta inicial perseguida por la historia general. Las historias especiales —la literatura entre ellas— pueden considerarse como ramas emergentes de su tronco, y aun como unidades menores dentro de la unidad mayor: órganos de un organismo, tejidos de un órgano, células de un tejido, según el grado de especialización a que lleguen.

Si, pues, las letras son en parte el reflejo del ambiente en el hombre, son también la voluntad del hombre ejerciendo sus designios sobre el ambiente mismo y modificándolo de modo constante, ya en los pequeños e imperceptibles detalles de una mundividencia colectiva, ya en los grandes lineamientos que transforman la filosofía, el arte, la política, la técnica, la vida misma de los pueblos, haciendo así que el mundo pase de una etapa histórica, a un nuevo orden de cosas.

Hay en el ejercicio literario un doble sentido de autoafirmación: se autoafirma el escritor en su función creadora, y contribuye con su nombre y su labor, a la autoafirmación nacional. De tal manera, la historia literaria de un pueblo, es su propia imagen dinámica, su propia búsqueda interior, su propio crecimiento en las comarcas del espíritu.

Esto que va dicho, vendría a tener sólo un valor de puertas adentro; limitado estaría por las fronteras de cada país, ya que sólo se ha tratado de uno de los aspectos que para un pueblo, tiene el conocimiento de su historia literaria particular. Pero hay algo más: está el concierto de las naciones, en el cual todo país ha de tener su voz. Ya el continente americano está desarrollando una literatura pujante, cuyas notas difieren mucho de las que corresponden a una Europa asolada por dos guerras sucesivas. Dentro del panorama general de América, el Istmo Centro Americano carece aún de la representación que habrá de corresponderle, y esto, en gran parte, por la dificultad de acceso a sus fuentes. Ello torna de la mayor trascendencia la publicación de antologías variadas, recuentos críticos y —¡lo más deseable!— de una historia literaria completa, que abarque desde los días de la Colonia hasta los actuales, con información precisa acerca de nombres, textos y propósitos. Mas tal desideratum no puede alcanzarse de golpe: necesario es realizar la tarea por etapas más o menos locales. Guatemala cuenta ya con una obra que, si bien no llega hasta nuestros días, constituye lo más valioso que se ha realizado en el istmo. Es la **Historia de la Literatura Guatemalteca** de David Vela. No conocemos ninguna obra semejante relativa a las letras de los otros países hermanos; lo que sí podemos decir es, que El Salvador no se ha hecho todavía. Y que ya va llegando el momento de hacerla.

Somos y hemos sido un país de vocación literaria, no obstante los afanes pragmáticos que nos han conquistado el mote de "la Fenicia de Centro América". Hasta dónde esta vocación literaria ha sido bien cultivada por nuestros hombres de letras, es ya problema que corresponde a la crítica. Lo que hoy nos interesa es señalar su existencia. Raro es el salvadoreño que, al menos en sus mocedades, no haya "cometido" algunos versos bajo la incitación de Eros, o no se haya sentido con la tentación de asentar en las cuartillas del escritor, sus experiencias. Y este fenómeno complica la investigación histórico-literaria, obligando al conocimiento de innúmeros trabajos, y a la criba sensata que separe lo auténtico de la inauténtico.

Surgen así los problemas de la cantidad y de la calidad, que tiene su correspondencia o concomitancia con los de objetividad y subjetividad de la labor propuesta.

Mas quizá no haya llegado el instante propicio para encarar esta problemática. Es obvio que antes de aplicarse criterios estéticos y de intentar cualquiera selección (que siempre tendrá, quiérase que no, cierto tinte subjetivo) hay que recoger, ordenar, clasificar, **todo el material disponible**. Tarea de titanes.

Hemos ido trabajando por zonas. Juan Felipe Toruño ha formulado trabajos de innegable utilidad por su condición objetiva. Pensamos de preferencia en su **Índice de poetas salvadoreños durante un siglo**, que, a la verdad, no sólo consigna poetas... Las deficiencias de información van con frecuencia suplidas por juicios personales sintéticos o por clasificaciones que a veces nos parece arbitrarias. Pero los defectos que el **Índice** pueda tener, son **peccata minuta** frente a su utilidad de brújula que indica por donde puede enderezarse una investigación más minuciosa. Tiene Toruño además, multitud de trabajos menores, conferencias, etc., que aportan datos o señalan comarcas dignas de atención.

Claudia Lars ha venido publicando en **Síntesis** unos apuntes sobre la historia de nuestras letras durante la Colonia. En el N° 4 de la misma revista, hallamos un estudio de Antonio Gamero sobre los poetas jóvenes de El Salvador. En ECA, el Padre Alfonso María de Landarech ha dado a la estampa numerosos ensayos de esta índole. Nosotros mismos hemos realizado tal cual aporte. Pero nadie, nadie, podría trazar por sí solo el cuadro general, en la presente etapa de los trabajos. Se impone la tarea colectiva, porque la empresa demanda muy abundantes y variados esfuerzos.

Fuera de que es menester formar un amplio "fichero" bibliográfico, de acuerdo con la técnica universalmente aceptada, hay que leer mucho, hay que investigar la vida de cada escritor, su trayectoria, su momento, etc. etc. Y realizar un trabajo material ingente.

No debemos echar en olvido el hecho de que la casi totalidad de países que han logrado ya formular su historia literaria, la han realizado mediante esfuerzos colectivos. El historiador que firma un texto, se ha basado en multitud de trabajos elaborados por otros: el material, más o menos organizado, le ha sido puesto en las manos.

Si lo que se ha venido tratando, logra suscitar el interés de nuestros círculos intelectuales, no es poco lo que se podrá caminar en breve tiempo. Nosotros nos atrevemos aquí a señalar unas cuantas medidas concretas, que podrían tomarse sin mayor gasto, y que acercarían el instante en que se ha de lograr el apetecido fruto. Hélas aquí:

1.—La Facultad de Humanidades puede integrar un seminario de investigaciones histórico-literarias salvadoreñas, bajo la dirección de un catedrático. La calidad y preparación del alumnado universitario, sería garantía de seriedad, y los diversos trabajos podrían encomendarse a grupos distintos, según las preferencias de cada participante. Unos investigarían la literatura histórica o filosófica de la Colonia, otros la poesía del Siglo, otros el humorismo, o la crónica, o el cuento...

2.—Los institutos de segunda enseñanza también podrían integrar seminarios semejantes, dirigidos por sus respectivos profesores, pero coordi-

nados y acaso hasta supervigilados por el organismo universitario, pues resulta indispensable la unificación de procedimientos y la distribución de temas, a fin de que no se malgasten energías en innecesarias duplicaciones.

3.—El Departamento Editorial del Ministerio de Cultura podría recoger, en uno o dos volúmenes, o en más, si fuera necesario, lo que hasta el momento se ha hecho: los trabajos parciales que arrancan en Juan Ramón Uriarte y llegan hasta nuestra generación. Habrían de incluirse allí no sólo panoramas, sino también los más importantes trabajos críticos que sobre nuestros autores, quepan dentro de las posibilidades de la edición.

4.—Podría el mismo Departamento publicar, en todo libro que edite, una síntesis bio-bibliográfica del autor, y un breve juicio crítico de la obra presentada. Las editoriales sudamericanas suelen hacerlo en las "solapas" de cada volumen. Estos datos resultan sumamente orientadores.

5.—Nuestros principales diarios darían un aporte inestimable, al encomendar, en sus respectivas planas literarias, a personas ponderadas, cultas, de buen gusto, secciones fijas de crítica literaria sobre autores Centro-Americanos y de preferencia salvadoreños. Esta es una recomendación valiosísima que nos hiciera don Ricardo Latcham, uno de los hombres que más saben de literatura hispanoamericana en todo el continente. (Cfr. *Cultura* N° 3°, pág. 49).

6.—Dos jóvenes y muy competentes profesores salvadoreños han publicado, en los últimos años, libros de contenido crítico o expositivo; pero Luis Gallegos Valdés en *Tiro al blanco* no se refiere a ningún salvadoreño, y Ricardo Trigueros de León, en su fino libro *Perfil en el aire*, sólo habla de Alberto Guerra Trigueros, de Toño Salazar y de Arturo Ambrogi, entre una veintena de autores no salvadoreños. Sería cosa de instarlos a recoger los trabajos que ambos tienen sobre nuestros autores —prólogos, juicios, entrevistas— en volúmenes especiales.

De las prensas de la Editorial Universitaria de Chile ha salido recientemente el primer fascículo del Tomo 1° de un **Repertorio bibliográfico de la literatura latino-americana**, trabajo colectivo dirigido por Luis Alberto Sánchez, y está a punto de ver la luz el 2°, cuyos originales hemos tenido en nuestras manos. Este segundo fascículo abarcará la bibliografía literaria de Centro América, y, estamos seguros, puede sernos de inmensa utilidad, ya que nos señalará, si no todas, al menos las principales fuentes adonde puede recurrir el investigador en busca de datos y conceptos.

Las observaciones hechas en este artículo nos parecen aplicables, **mutatis mutandis**, a las demás Repúblicas del Istmo, y si el fervor con que las hemos formulado logra, como deseamos, contagiar a los intelectuales de Centro América y en especial de El Salvador, tendremos la satisfacción íntima de considerar que no perdimos el tiempo al meditar y escribir las líneas precedentes.

Santiago (Chile)